

Cada primavera ve reflorar los árboles, y jamás la tierra deja guardar en su seno los tesoros que nutren á los animales.

Los mas pequeños insectos tienen su abrigo y nutrición, el pájaro su nido, el león su caverna.

¿Créis que el ojo que vela sobre todas estas cosas esté cerrado para el hombre que vale mas que todas ellas, y que deje de ver el sufrimiento del pobre para medir sus fuerzas?

Poned en Dios toda vuestra confianza abandonandoos á El enteramente, y de esta manera atraeréis sus beneficios.

Un hijo que se entrega á la discreción de su padre, le obliga á hacerlo todo para él; pero si el hijo solo confía en su prudencia y en los instintos de su propio orgullo, el padre lo abandona á las tristes pruebas de su inesperienza: lo mismo sucede con Dios.

Escuchad estas bellas palabras del profeta Jeremías: “Maldito el hombre que en el hombre fia, que hace un brazo de su carne y que destierra á Dios de su corazón.

Será como la zarza del desierto que no se aprovecha de las buenas estaciones; habitará una soledad árida, una tierra ingrata y salvaje.

Mas bienaventurado el varón que confía en el Señor, porque el Señor será su esperanza.

Será como árbol trasplantado cerca de las aguas que echa sus raíces hacia la humedad: no temerá cuando viniere el bochorno. Y será verde su hoja, y en tiempo de la sequedad no estará congojoso, ni jamás dejará de dar fruto.”

Confiad pues en Dios y jamás murmureis de la Providencia. No debéis decir: ¿Por qué soy desgraciado? En las tinieblas que me rodean, no sé por qué sufro; pero el día de las recompensas y de las reparaciones debe llegar.

La Religión os hace oír sus promesas consoladoras, ella os ha aclarado el enigma de vuestras miserias, os ha explicado magníficamente el misterio que fué insondable para la antigüedad, y el mismo Dios os ha dicho: “No siempre el pobre estará en el olvido; la paciencia del desgraciado no será estéril.”

LA ORACION.

La oración ha sido estrechamente recomendada por la Iglesia á los cristianos, y es indispensable para todos los hombres, supuesto que no hay ninguno que deje de necesitar la asistencia divina.

Es propio de los seres que son libres y tienen voluntad, hacer presentes sus necesidades á quienes puede remediarlas.

Los que son felices deben orar á Dios para que los conserve en ese estado tan raro aquí en la tierra; los que son desgraciados deben pedir les envíe alguno de sus consuelos.

No digais: Dios conoce todas nuestras necesidades, y á él corresponde proveer como un padre á sus hijos. Este es un miserable subterfugio de la tibieza y bastardía del alma. Lo repito, un ser libre é inteligente debe sentir sus necesidades y conocer su miseria y debilidad. El primer paso para salir de ella, es comprender la gracia, y por medio del deseo y de la oración, hacerla descender sobre nosotros.

¿Creís que el hombre sumido en el abismo de la indiferencia no renuncia á su cualidad de ser libre é inteligente y no se equipara con el vil animal que nada pide á Dios? El niño que tiene hambre pide con sus gritos el pecho de la madre, y el débil la protección de los fuertes; y aun muchos de los mismos animales piden á su amo por medio de caricias y halagos aquello que les hace falta.

Toda criatura ha recibido la facultad de expresar sus sufrimientos por medio de gritos con los cuales anuncian su necesidad é invocan la piedad. El metal vibra cuando se hiere, la rama del árbol, que inclinándose se rompe, dá un gemido lastimero. ¿Y solo vosotros no querriais pedir nada á vuestro Padre celestial? ¿Para qué pues se os ha dotado de voz, de corazón y de la libertad? ¿Para qué exclamais, almas estoicas, cuando sois heridas? Si se os rompe una pierna, si sois amenazados con una arma que pueda privaros de la vida, no pidais auxilio, porque vuestro Padre que está en los cielos sabe vuestras necesidades y debe proveer á ellas.

¡Oh! no, nunca abandoneis la oración que es el lazo que une al cielo con la tierra; el bálsamo que cura, la voz que consuela.

Tan extraño sería un hombre que no hablase con Dios desde el fondo de su corazón, como un maníaco que en medio de sus semejantes condenase su lengua á un absoluto silencio.

Especialmente cuando uno es desgraciado, cuando el alma siente el vacío y la nada de las cosas de este mundo, cuando los objetos en que se depositaron todas las esperanzas de felicidad se desvanecen como el sueño de un momento, entonces nada es mas dulce que calmar el dolor en la intimidad de la oración, refugiarse en el seno de Aquel que no es insuficiente como lo son las criaturas. ¿Con qué ingenuidad se le dice todo, se le confía todo; y estos desahogos del alma suben hasta Dios como una nube de incienso! Los hombres se sonreirían y no podrían compender, pues para hablarles, es necesario un tal lenguaje convencional, so pena de no ser escuchados: pero á Dios se le puede hablar tal como se siente ó se piensa. Se puede el alma dejar arrebatarse de todas sus inspiraciones, de toda la poesía del dolor. ¡Nada hay tan delicioso como abrir el corazón cuando conversamos con el cielo!

¿No es muy natural, cuando se carece de tranquilidad para el alma, de pan para el cuerpo, dirigir una súplica al Dispensador Supremo que vela sobre cada uno de nosotros?

¡Filósofos insensatos! que pretendéis que Dios todo lo hace por leyes fatales, y que nunca se abate hasta ocuparse de cada uno de nosotros en par-

ticular, ¿creis acaso que se veria tan embarazado por la multitud, como lo estaría un hombre?

¿Qué idea teneis pues del Infinito? ¡Oh! lo que quereis es sujetar á Dios á vuestros tamaños y á vuestra raquítica inteligencia. Creyendo hablar de una manera mas digna de El, no haceis mas que descubrir la estrechez de vuestro genio y el poco alcance de vuestras miradas. ¡Oh! vuestras grandes ideas son ridiculas y mezquinas; causais compasion aun al desgraciado mas sencillo que cree en Dios, y que se consuela con la oracion.

¡Amad siempre la oracion, pobres almas agobiadas, pobres corazones destrozados, pobres desgraciados que gemis en la miseria!

¿Qué haria una madre cerca de la cuna de un hijo moribundo, si no orase? ¿Qué recurso le quedaria cuando su familia careciese de lo necesario? ¿No queriais que arrodillada ante un crucifijo ó la imágen de María implorase la bondad divina?

Desgraciados de vosotros los quereis secar el alma del pobre, desheredar al desgraciado de sus consuelos y al corazón atribulado de sus esperanzas. Nó, vosotros no sereis escuchados, porque sois locos ó malvados.

Jesucrisso os ha dado, oh pobres, en la oracion dominical una oracion sublime, modelo de la elocuencia del alma, y que en la sencillez de su lenguaje encierra todo lo que podeis pedir á vuestro Padre celestial.

Esta oracion tan corta que expresa todas vuestras necesidades y todas vuestras creencias podrá enseñaros.

El mismo divino Redentor del mundo os ha enseñado á orar, y para daros el ejemplo, él mismo ha orado como quiere que lo hagais vosotros, y ha formulado la oracion como un Dios.

La oracion es á la vez una obligacion y un remedio.

Hablemos primero de la oracion como remedio.

Cada uno es juez de sus necesidades y debe por consiguiente aplicarse el remedio que sea útil. Que cada uno, pues, recurra á la oracion siempre que lo exija su situacion: todo en esto es privativo é individual, y no hay por lo mismo mejor regla.

En cuanto á la oracion considerada como un deber, ha sido prescrita á todos los hombres, os decia hace poco, nos dejó una que podria en rigor suplir á todas, y por su parte la Iglesia ha formado algunas otras que es preciso tambien saber.

La obligacion de orar no es embarazosa ni difícil. La piedad de ninguna manera consiste en pasar toda la vida al pié de los altares en continuo éxtasis. La piedad verdadera exige el cumplimiento de los deberes propios del estado de cada uno, y de los que la posicion social impone.

Es demasiado raro y casi imposible que no se tengan algunos instantes libres para entregarse á la oracion: es necesario pues hacer lo que se debe, y orar el tiempo conveniente. Por otra parte, el mismo trabajo y cumplimiento de sus propias obligaciones es una oracion incesante, y en medio de las mayores ocupaciones se puede elevar el espíritu á Dios. Nada puede haber mas agradable á nuestro Criador que tributarle cada dia el homenaje de la dedicacion á las atenciones que cada estado exige.

EPISODIO.

Lectores míos, quiero terminar este pequeño libro contandoos lo que he visto en un viaje que acabo de hacer. Además, *las impresiones de viaje* están muy en moda. Sin embargo, no es para obedecer la inclinacion que tienen los escritores, de hablar de sí mismos, de lo que han hecho ó visto, no es tal el motivo que me hace escribir este capítulo. Después de haberlo leído, vereis que lo que refiero debia tener lugar aquí.

El sábado último 22 de Marzo de 1845, partí de Angers á las ocho de la mañana para ir en un buque de vapor á los Marilese cerca de Saint Florent-le Vieil.

Cuando se conoce la historia de nuestro país, cuando se ha vivido mucho tiempo con aquellos que han hecho la guerra de la Vendée, no se puede ver á St. Florent-le-Vieil uno de los lugares mas pintorescos que están situados á las orillas del Loira, sin experimentar, en el fondo del alma una impresion dolorosa y á la vez religiosa. Allí fué donde después de la batalla de Cholet, vinieron á pasar el Loira los restos de la poblacion vandeana. Cerca de ochenta mil individuos entre hombres, mugeres, niños y viejos; perseguidos por el ejército republicano, se precipitaban allí para dejar su país sin saber á dónde ir.

Venian de Beaprecinio; el hermoso camino que conduce allá, no era entonces mas que una senda estrecha, montuosa y desigual. Nada, segun se me ha contado, podia presentarse mas digno de compasion que aquella huida en medio del desorden, de la desesperacion y de terrores de alarmas incesantes. Ya sabreis con qué dificultad fué atravesado el Loira: el cañon republicano disparaba de St. Florent en el momento en que los últimos de estos desterrados tocaban la rivera opuesta; tambien sabreis que de estos ochenta mil vandeanos, solo algunos centenares volvieron á su país.

Estos acontecimientos del pasado, aunque yo no los ví, se presentaban á mi pensamiento como recuerdos; cuando desembarqué en St. Florent olvidé los graciosos cuadros que presentan las orillas del Loira, y solo estaba absorto bajo la impresion que se experimenta al poner el pié sobre una tierra consagrada por grandes acontecimientos.

Subí á la antigua Iglesia para ver el monumento de Bonchamps; ese héroe vandeano cuyas últimas palabras libertaron á mas de 5000 prisioneros que estaban destinados á que la venganza saciase en ellos su furor. Semajantes rasgos no se comentan. Al ver ese monumento, dos cosas me han causado sentimiento: la primera, que el buril inmortal de nuestro compatriota David no hubiese puesto al héroe vandeano su traje nacional; se asemeja á una estatua antigua; la segunda, que el bandalismo bárbaro de los guardias

nacionales de Saumur haya destruido las flores de lis que adornaban el monumento.

Cada monumento debe conservar su carácter; es preciso respetar la historia escrita en bronce, en mármol ó piedra, de la misma manera que la que se consigna por los escritores. [1]

En una hora hice la visita al enfermo que me habia hecho llamar; me ví distante solo ocho leguas de la aldea de S. Mauricio, que yo habité hasta la edad de trece años; partí pues y me dirigí á ella.

El camino principal de St. Florent á Beaupreau ocupa casi todo el antiguo camino. Los puntos en que se separan son suficientes para conocer lo peligroso y difícil de la retirada de los vandeos. No me detendí en pintaros todas las emociones que experimenté al recorrerlo; me inspiraban cierto respeto los viejos árboles conservados á sus orillas, como si fuesen capaces de recordar la desolacion de que habian sido testigos.

Después de haber pasado de Beaupreau, y continuado largo tiempo por esos caminos de la Vandeá, tan difíciles y llenos de precipicios, percibí el modesto campanario de S. Mauricio que sobresale un poco de las encinas que lo circundan, si bien hay muchas en el país que le aventajan y que lo cubrían completamente. En otro tiempo me parecia que llegaba hasta las nubes; y no me ocurría un término de comparacion de mayor altura que ni la imaginacion podria exeder, así es que nada dejaba por decir cuando pronunciaba esta frase: *alto como el campanario*. Siendo niño todo lo media por mi pequeña talla, y todo lo percibia con mis pequeñas ideas; si el campanario me parecia inmensamente elevado, las casas de la aldea las juzgaba monumentos, y la aldea misma una ciudad.

Los recuerdos no racionan. Yo he experimentado un triste desengaño al encontrarlo todo, objetos y lugares, como apachurrado y disminuido. Es porque después he visto multitud de ciudades y bellos monumentos.

Pues sin embargo, jamas las torres de las catedrales vistas de lejos, ni las bellas columnas y grandes edificios que abundan en París, han impresionado mi alma como el pequeño campanario de S. Mauricio visto al travez de las encinas.

Demasiado triste y doloroso es el cambio operado en las personas; la memoria me recordaba jóvenes de uno y otro sexo llenos de lozanía, y la realidad borraba esa imágen presentándome hombres y mugeres de la edad madura. Los hombres formados, de entonces son viejos hoy; los viejos de otro tiempo reposan actualmente en el cementerio, y una nueva generacion ocupa el lugar que ocupó la que yo dejé al partir.

¡Pobre vida humana! así es como se hace alto en la memoria de los ausentes, pero la muerte prosigue cosechando anualmente, por todas partes el tiempo imprime su huella, y cuando los ausentes vuelven, presencian doloro-

(1) Entre nosotros se borró de las lápidas colocadas en los ángulos de la plaza de la penitenciaría el nombre del benemérito D. Antonio Escovedo, quien la proyectó y formó, y puso los cimientos á esa misma penitenciaría; y este nombre respetable fué sustituido con la fecha de una de nuestras revoluciones, tal vez la mas funesta para el país, y muy particularmente para esta capital, convertida desde entonces en teatro de las mas desastrosas y sangrientas escenas. (N. del T.)

samente y en un solo instante el cambio que se ha operado paulatinamente, y de una manera insensible para los que no se han alojado.

Fuí recibido en la casa del corregidor, uno de los amigos de mi infancia, llegue al oscurecer, y hasta el siguiente dia visité á mis antiguos conocidos; y habria querido ver á todo el mundo en el solo dia que debia permanecer allí: todos los que tuve el placer de volver á ver me recibieron con unas maneras tan cordiales que experimenté un verdadero dolor al abandonarlos tan precipitadamente.

Pero yo os he hablado de mí y de mis impresiones, siendo así queridos lectores, que lo contrario os habia anunciado, parece que para mí lo mismo que para los demás es esta una propension irresistible.

Llego pues á lo que hay de interesante para vosotros en mi relacion de viage.

Al dia siguiente de mi llegada era la Pascua, yo habia ocupado las dos terceras partes de mi dia en visitar la Iglesia que tantas veces frecuenté al lado de mi madre; en ver á mis amigos, en recorrer los campos vecinos en donde cada árbol me hablaba del pasado. Hay tanto placer en volver á encontrar después de veinte años todos esos testigos de los dias de la infancia, que solo recuerdan goces purísimos, y cuya memoria ocurre al alma sin ninguna mezcla de amargura, de dolor, ni de remordimientos!

A la hora de comer necesariamente hablamos del pasado, pues para los que vuelven no puede haber conversacion mas dulce, ni otra mas alhagüena para los que se han quedado. Una cosa me admiraba, y era la calma que se disfrutaba en la aldea, cuando que en otros tiempos era la hora en que las tabernas estaban llenas y agitadas, y en las calles resonaban los cantos vinosos: la embriaguez es la llaga de las aldeas de la Vandeá.

Hoy nada de eso se ve, y reina por todas partes la mas completa tranquilidad. Manifesté al corregidor mi admiracion: ¡Oh! me dijo, desde que dejaste el país hemos experimentado un completo cambio y obtenido multitud de mejoras; todo lo debemos especialmente á nuestro cura y al vicario que hace quince años que le acompaña. Han comprendido que para mejorar su rebaño no era bastante predicar en el púlpito, sino que las obras deben unirse á las palabras y doctrina para que puedan ser eficaces. Si se hubiesen limitado á decir verdades útiles cada domingo, y gritar contra los abusos, nada ó muy poco habrian conseguido. En vez de aislarse de sus feligreses, se han hecho sus amigos, pasando en medio de ellos todos sus instantes. Sus diversiones son comunes á todos, y nada buscan separados de ellos.

Si gustas iremos después de comer á la casa del Sr. cura á ver todo lo que ha hecho, y entonces te esplicarás el bien que hasta ahora nos ha venido, y lo que debemos esperar para el porvenir.

Efectivamente, después de comer nos dirigimos á casa de ese digno eclesiástico, y ciertamente que no olvidaré jamas la cordial acogida que nos hizo y que gusté en los cortos momentos que permanecí á su lado. Muy someramente referiré lo que supe y lo que ví.

En Setiembre de 1834 fundó el Sr. cura una sociedad para los jóvenes dividida en dos categorías: la primera comprende á los niños de nueve á quince años, la segunda á todos los jóvenes no casados que pasan de esta edad.

Las dos terceras partes de la casa cural, el corredor y los jardines están abandonados á los socios; los cuales tienen allí billares, juegos de pelota &c.

Los juegos de azar ó peligrosos están prohibidos, ni es permitido tampoco poner al juego mas que sumas muy módicas que el reglamento prefija.

La sobrevigilancia general pertenece al cura y al vicario; pero en cada categoría se nombra por escrutinio un presidente y un consejo que ejerce una superintendencia inmediata, y que están encargados de la admision de socios, de su espulsion y de los castigos que deban imponerse.

Tres padres de familia que se elijen de tiempo en tiempo, vigilan tambien la division de los mas pequeños.

Los refrescos y demas objetos de comestibles se distribuyen con medida.

La sociedad está abierta todos los domingos, uno de los dos eclesiásticos hace un corto discurso sobre urbanidad, sobre los deberes de la vida comun, sobre la limpieza y en cuanto es posible sobre la higiene. Los pequeños están sometidos á una inspeccion sobre limpieza cada semana. Por las tarde se hace la oracion en comun.

Toda palabra grosera, toda disputa ó juramento están prohibidos, la mas rigurosa urbanidad se exige entre los socios.

La embriaguez, la conducta escandalosa, la frecuencia á las tabernas sin necesidad, las graves infracciones de las leyes, como la caza sin licencia de armas, todos estos son motivos para la espulsion.

Cuando alguno está enfermo, los otros en turno le van á servir de asistentes.

Cuando muere un socio, su entierro se hace á espensas de la sociedad, y está obligada á poner una cruz y una lápida, y todos asisten al servicio fúnebre.

Casi siempre se hacen estas ceremonias con solemnidad; pero el cura no percibe mas honorarios que el precio de sepulturas comunes. En el curato que está al lado de la iglesia existe tambien otra sociedad formada bajo el patronazgo del cura, allí se admite á los diez y ocho años, está gobernada por un consejo nombrado por escrutinio secreto. El cura, que hace parte de él, ha sido reelecto constantemente desde la fundacion en 1838.

El reglamento de esta sociedad, está formado bajo las mismas bases, poco mas ó menos, que el de la sociedad de la casa cural: ejerce una influencia muy saludable sobre las costumbres y sobre las reclamaciones entre los habitantes.

En la aldea de S. Mauricio, lo mismo que en donde quiera, todas estas buenas cosas han encontrado oposicion; muchos individuos disgustados con el cura por algun motivo fútil, y que no quiere ser parte en estas sociedades puestas bajo su influencia, han fundado una bajo el nombre de SOCIEDAD DE RECREO. Se asemeja esta á las anteriores bajo todos aspectos, y como ha tenido necesidad de imitarlas, ha sido benéfica, y poco á poco se han puesto en armonía hasta desaparecer las pequeñas ribalidades, y hoy las tres sociedades están unidas por las mismas intenciones para el bien, y concurren á las mismas mejoras. El Sr. cura mismo dá el mas lisonjero y cordial testimonio de los beneficios que ejecuta la SOCIEDAD DE RECREO.

Ha sido organizada otra sociedad para las jóvenes: faltaba un lugar con-

veniente; pero un paisano de Aubretieres, llamado Moriniere donó un campo en donde se construyó un edificio á propósito. En los dias serenos las niñas se dirijen allá, y se entregan á todas las diversiones propias de su sexo bajo la inspeccion de un consejo, que eligen entre ellas mismas.

Cada domingo se les dá por el cura ó vicario una corta instruccion sobre los deberes ordinarios de la vida, sobre las obligaciones que mas tarde les serán impuestas, sobre la urbanidad, limpieza, &c.

Los productos de sus juegos se destinan á la compra de libros para la formacion de una biblioteca. Cada habitante puede mediante una corta retribucion en provecho de la biblioteca, procurarse libros de lectura; que de derecho pertenecen á la sociedad de las niñas.

Suelen representar algunas pequeñas piezas de comedia, en el invierno se reunen en la casa de las hermanas instructoras.

La aldea cuenta solo con dos mil sesenta habitantes. Hay 110 asociados en el curato, 150 en la casa del párroco y 90 en el Recreo. La sociedad de las niñas comprende 200 personas.

En todas estas sociedades está espresamente prohibido ocuparse de política.

Habria vivamente deseado estudiar con mas detencion todo esto que acabo de referir; pero no tenia mas que unas cuantas horas de que disponer, las que sin embargo, me bastaron para averiguar la influencia de esas instituciones, y para admirar la dedicacion y el espíritu de fraternidad de los dos eclesiásticos de S. Mauricio.

Así es como yo concibo el papel del sacerdote católico, hermano y amigo de todos sus feligreses, no haciendo acepcion de personas, tratándose con los pobres para hacerlos mejores, predicándoles con la palabra y el ejemplo para hacerles fáciles las vías prácticas del bien.

Nada mas bello que este curato hecho casa comun; nada mas edificante que esos sacerdotes siempre en medio de su rebaño, y no encontrando felicidad y diversion sino en medio de él. De este modo todo el mundo los ama, todos los aprecian. Si alguno de ellos va á ver un enfermo que está distante, á administrarle los sacramentos todos se aprontan á hacerle compañía. Así es como los jóvenes del lugar les manifiestan su aprecio y reconocimiento.

Por otra parte nada mas modesto que estos sacerdotes. El cura pretende que todo es debido al vicario, y este á su vez dice, que no ha hecho mas que coadyuvar á las intenciones del cura.

Tambien debo decir que cuando se necesita el concurso de algun vecino inmediatamente se presenta sin hacerse nunca esperar. Digno es tambien de los mayores elogios el corregidor, que igualmente ha contribuido á hacer el bien que su pueblo disfruta. Sino hubiera sido por el cura, no habria sabido yo, que está pronto como cualquiera otro, á la asistencia de los enfermos pobres.

Los niños Constais hijos de un honrado artesano que fué corregidor, han dado á la municipalidad un terreno que vale 2,000 francos, para que sirva de escuela de niñas y de casa de asilo que se trataba de construir. En cambio han recibido con carácter de perpetuidad un terreno en el cementerio para colocar el cadáver de su padre. Nada ha sido para mí tan satisfactorio

como encontrar los nombres de mis antiguos amigos de infancia unidos á tales actos de generosidad. Con un verdadero placer aprovechó la ocasion de señalarlos para el reconocimiento público.

El ejemplo de la aldea de S. Mauricio ha producido ya sus frutos. Todos los corregidores y curas de la Bretaña han escrito con el objeto de reunir todos los datos y establecer entre ellos las mismas cosas. Algunas municipalidades vecinas han creado iguales asociaciones. En Ronsoay una persona acaba de dar 24,000 francos para una casa de asilo.

El corregidor y el cura me han comunicado el proyecto de plantear en breve una asociacion de socorros mutuos. Me han citado como veinte habitantes ricos que están prontos á inscribirse. Los enfermos tendrán derecho á un socorro determinado durante el tiempo de su enfermedad.

Seria tambien de desear que los trabajadores que carecen de obra, cuando se haya demostrado que en esto no tienen culpa, recibiesen tambien socorros de la comunidad. El desgraciado que carece de lo necesario, de cualquiera manera que sea, tiene derecho á la asistencia de sus hermanos. Solo el perezoso y libertino debe ser excluido, y aun de esta manera son acreedores al socorro de la correccion.

Cuando yo hablé de socorros para proporcionar medicamentos á los enfermos, el cura me dijo, que los dos facultativos del lugar los proporcionaban gratis á los indigentes. Esto me hizo recordar que mi padre hacia lo mismo.

Ved aquí grandes y bellas mejoras; espero que aumentarán mas y mas.

Seria de desear que las mugeres estuviesen mas interesadas, que lo que están, en este progreso. Importa en buena moral elevar á la muger, sobre todo en un pais donde su inferioridad legal, es con demasiada dureza una verdad práctica.

Yo querria que por ejemplo las mugeres de los socios, y mas tarde sus hijos, fuesen sepultados á espensas de la congregacion, y con las mismas ceremonias y cortejo de fraternidad.

Se va á fundar una casa de asilo de cuya direccion van á hacerse cargo algunas religiosas: ojalá que dos ó tres madres de familia fuesen todos los días á ayudarles en sus funciones, para que de este modo se hicieran tambien madres por el afecto y por el cariño de los niños abandonados.

Tambien seria de desear que se pudiesen establecer talleres en este lugar en donde la mayor parte de los artesanos son tejedores y ganan salarios tan insignificantes trabajando para las fábricas de pañuelos de Cholet. Fácilmente podrian fundarse talleres de zapateros, de cesteros, cordeleros &c., que trabajasen para la exportacion, para las ferias y para el consumo de las grandes ciudades. Los gastos de instalacion importarian muy poco, y al fin de algun tiempo el bienestar sucederia á la miseria, y floreceria la salud de estos pobres trabajadores que en la actualidad viven encerrados día por día en antros húmedos, y están mal nutridos y mal vestidos, siendo víctimas por consiguiente de las escrófulas, de la raquitis y deteriorándose mas y mas.

No dudo que dentro de muy pocos años esta aldea se encuentre admirablemente constituida bajo los auspicios de la asociacion. Los resultados ya obtenidos merecen todo el elogio y toda la atencion de los amigos del verda-

dero progreso. El obispo de Angers, se ha hecho inscribir en el número de los socios.

Por un singular contraste la Administracion de rentas considera estas sociedades como unas tabernas ó como hoteles, cuando que el fin que se proponen es conseguir las mejoras morales y los socorros mutuos.

Bajo la influencia de tal consideracion ha impuesto gravámenes á estos beneficios que deberian ser sagrados. Olvidé preguntar si el gobierno que considera á estas sociedades como tabernas, ha hecho pagar al cura su patente de tabernero.

Antiguamente la aldea de S. Mauricio era de las poblaciones mas malas de la Vandea. La division entre los habitantes, la embriaguez, los juegos de azar, todo ha desaparecido. Su aspecto ha cambiado, las relaciones se han suavizado, la urbanidad, el deseo, la honradez, cierto barniz de maneras políticas y caballerosas es lo que se observa de algun tiempo á esta parte.

Ved, pues, mis queridos lectores, como no he perdido el tiempo al volver á visitar á mi pais, y como las cosas que he visto no son indignas de referirse.

Despues de haberos dado algunos consejos, me creo feliz de encontrar un ejemplo que se puede adoptar para vuestro bien, contando con la caridad y con vuestra buena disposicion para recibir el beneficio.

FIN